

había salvado la vida á Stradella.—«¡Qué hermoso es, Dios mío, qué hermoso es! ¡Más. . . más. . .!»—Ella volvió á sentarse al piano y cantó un salmo de Mercello. Chopin se puso más malo. . . Todos, azorados, se pusieron de rodillas. . . nadie se atrevía á hablar. . . sólo se oía la voz de la condesa, volando como celeste melodía por encima de los sollozos y las lágrimas.»

En el arte, esos grandes enamorados son más hermosos y más grandes que los sabios.

El que ama, crea.



LOHENGRIN.

FALSFAFF.

He hablado muchas veces de «Lohengrin,» y me parece que he hablado de él muy poco. He dicho, he escrito, al salir de cada audición, lo que he sentido, y cada vez siento de manera diversa y algo nuevo. Si enlaza, si eslabona todos esos matices, todas esas modulaciones de la emoción, un sentimiento profundamente religioso, más bien dicho, místico, queda en mi alma, después de haber oído en distintas épocas esa música celeste, como gemebundo éco de órgano . . . . de órgano tocado por la joven pálida, al caer la tarde, trás de la reja del coro, en capilla que oculta espeso bosque, el día en que una novicia muy hermosa y que amó mucho, dijo adiós al mundo, y vió caer, tronchadas sobre el mármol, sus trenzas de oro. A creer en vidas anteriores, diría yo que en alguna de ellas—en la blanca—oí esas distantes vagas armonías. Casi no tienen cuerpo; son casi flúidas; no brotan y se abren como rosas; no gorjean y sacuden las alas como pájaros: nievan!

¡Cuento de hadas, único misterioso cuento de hadas que me trajo la juventud; granizo intacto al que con ansia acerco los resecos labios; niebla húmeda y fría que me velas apenas lo infinito; preludio de la vida inmaterial en que el amor eterno es ritmo suave que de onda en onda se propaga sin perder nada de sí, trazando su indisoluble sucesión de círculos iguales en la absoluta inmensidad!

Caballero del cisne blanco, tan parecido al candor de la inocencia como la blancura de las muertas hermosas; cuando llegas ¿en



qué sueño? ¿En la mujer? ¿En una mujer? ¿En el amor? ¿en Dios Acaso? Tu amor no hace ruido. Te oímos sin despertar.

El canto de un gallo te rompe. El roce de un pétalo te lastima. Vives la vida impalpable é invisible de los aparecidos. ¿Eres el espíritu blanco de mi hermano enlutado? De ángel custodio es tu palabra tierna; pero de ángel custodio que está triste.

Tuviste un enamorado que se te parecía mucho. Era un genio pálido que había sufrido inmensamente, sabe Dios en dónde. Nos conocimos mucho, mas ignoro en qué lugar. Había luz de luna, sí, en el sitio melancólico. Pero en el cielo no había luna, sino estrellas. Rápido fué el encuentro. Vestía él como príncipe, como el ángel-príncipe de la Anunciación. Traía en la mano simbólica flor azul. ¿El lirio? ¿El loto? Y su mirada vaga entró en mis ojos y fué apoderándose de todo mi ser como un hechizo. Sin condiciones, sin acuerdo previo, unimos para siempre nuestras almas, viajeras en la neblina del ensueño. Y caminamos juntos, brazo á brazo, pero siempre muy lejos uno de otro. Eramos como dos caminantes que se buscan, que se hallan, que no vuelven á separarse en el camino, y que se sienten pero no se ven, porque la noche es negra y dura mucho, y no amanece! . . . . ¡Oh mi Julián del Casal! ¡Oh mi pobre poeta, hermano mío!

No llegamos á conocernos, y tal vez por eso nos conocíamos hondamente. A veces caían tus cartas y tus versos en mi mesa. . . . . Sí, caían, como suele caer un rayo de luna sobre la página en que escribo! Yo repetía tu nombre y repetías el mío. Fuimos, somos como dos ecos distantes, enamorados de la misma vaga melodía. ¡Oh mi poeta, el de los ojos claros é indecisos que no saben ver; oh mi poeta, el de los ojos tristes que sonríen por bondad y por cariño; oh mi poeta, el de los ojos que no han muerto y que siempre estuvieron despidiéndose; contigo acaricié las alas rizas del gallardo cisne; juntos creímos en Lohengrin, oh mi poeta!

Mañana. . . . . cuando haya luz. . . . . cuando no sienta tan fría tu «NIEVE» entre mis manos. . . . . cuando vuelvan á casa mis pensamientos asustados y dispersos, iré á aquel sitio melancólico en donde por primera vez nos encontramos. Mañana. . . . . hablaré de tí con mi alma.

Ahora, el público espera. El traspunte me llama. Deja que salga el comediante.

No puedo hablar de la ópera de Wagner porque Lohengrin tam-

bién era tuyo; tú, acaso, eras Lohengrin. Amador de la belleza toda blanca; hablo de Elsa.

\* \*\*

Llegar á los ochenta años, tras vida azarosa de labor continua, y á la edad en que Fausto, desesperanzado, llora la juventud muerta en el cuerpo, dar á la luz y al aire un brote nuevo de laurel, gracia divina y don de lo inmortal es para el hombre. Sólo el tentar la empresa creadora, sólo el sentir alientos para ella, es signo de pujanza extraordinaria. ¡Canten poetas y veneren mozos al anciano que tan grande virtud esconde en su ánimo!

La vejez natural y sana, tal como Dios quiso que fuera, y semejante al atardecer de un día sereno; la ancianidad de los patriarcas en quienes la existencia se posaba y detenía con misteriosa complacencia, revistiéndoles de hermosura sobrehumana, merced difícil de lograr ha sido siempre y signo de predilección que el cielo da, para que por de él las reconozcan, á excepcionales criaturas. Verdi, octogenario y creador, es venerando.

No en balde, sin embargo, huyen los días; que cada uno, al correr y pasar, hurta algo al hombre: ennoblece la vida bien vivida; mas, elevando y depurando el sér, vuélvele inepto para sentir y expresar goces efímeros; y en el que intenta retrotraer su espíritu, muy de luego se nota lo trabajoso y duro del esfuerzo. Si sois jóvenes, sed padres; si sois viejos, sed abuelos.

Pero ¿no tiene mucho de nietezuela retozona esta última obra de Verdi? Sí y no. Sí, porque el Maestro quiso que así fuera, y en el Maestro querer casi es poder. No, porque entre ese querer y ese poder hay aquel CASI que separa á entrambos.

Me finjo yo que Verdi, aun señor y dueño, en mucho, de sus facultades, quiso no prescindir del revoltoso coro de las Risas que precede á otros en su entrada triunfal á la inmortalidad; él, que jamás volvió la cara para ver á las ninfas juguetonas; él, que pasó en carro de fuego y entre nubes trágicas, cantando el dolor y la pasión humanos, tuvo sed de la gota cristalina que humedece, al resbalar, entreabiertos botones; hambre del fruto picoteado por los pájaros y mordido por los niños; anheloso, ansioso de tenderse y descansar al pie del fresno, oyendo cómo se desliza y bulle el agua, gorjea el ave y ufanos los muchachos parlotean. Había entreabierto aquella ma-



ñana la pajarera de Mozart, había oído el epitalamio de *Il Matrimonio di Figaro*; camino de la huerta encontró al viejo Auber, seguido de chicuelos boruquientos que le pedían más golosinas; en los nidos ensayaban música de Cimarosa; ¡era domingo en el ambiente diáfano! ¡Qué sueño para Verdi el de ceñir su gloria con fragante enredadera! No había probado él aquellas dichas; no había sentido esa paternidad amable: sus hijos nunca fueron niños. La inspiración exúbera de aquel gran apasionado, fué ardorosa y fugazmente virgen.

La tentación de esa mañana límpida le llevó al piano, como el repique de Pascua llevó á Fausto al atrio de la iglesia. Nació *Falstaff*.

¡Ah, desde el nombre, recio y espeso de la recién nacida criatura, condenábala á ser forzosamente alegre! Exótica y arcáica es su alegría, no de Italia, del Norte.

Por el bosque secular de las tragedias Shakespearianas, en esa selva oscura por do pasa, como sombra más densa que las otras sombras, torvo el Dante; bajo enormes encinas, guardadoras de misterios sagrados y de ritos tenebrosos, serpean arroyos vocingleros cuyos airones de espuma iriza el Sol. Esos arroyos son las comedias del Poeta. Las conoce poco el vulgo; tan de prisa corren, que es difícil seguirlas, y tantas hojas, tantas ramas, tantas arenas, tanta escoria arrastran en promiscua dispersión, que sólo al paciente es dado conocerlas y gustar de ellas. Ora esas comedias son fiesta de luciérnagas y de exhalaciones, como el *Sueño de una noche de Verano*; ora idilios y modelo de éstas ha sido, es, y será, *Como Gustéis*; ya claros de luna, como *Bueno es lo que bien acaba*; ya noctivagas maravillas, como la *Tempestad*. Shakespeare travesea desnudo en esas obras, salpicándonos de agua, y descansando él en ese baño reparador, de las fatigas diarias. No ahonda el dibujo, no le da color, rasga en la hoja blanca, y lo que iba á ser gato acaba por ser hombre. Todo es vida, movimiento, metamorfosis, en esas comedias parecidas á hormigueros, y, como las colmenas, rezumbantes.

La arquitectura de esas fábricas ligeras, casi aéreas, es arquitectura de muchacho travieso que alza casas y templos con pequeños bloques de madera pintada. Los que en ella figuran, los que asoman por entre la trama, son criaturas por esencia tornadizas, dotadas de movilidad y de mutabilidad extraordinarias. Un soplo desharía esos castillos de naipes. Cuando Shakespeare escribía esos caprichos, jugaba Hércules.

*Las alegres comadres de Windsor* ó *Las traviesas windsoreñas* (como queda mejor en habla de Castilla), son verdaderamente enredo airoso de pláticas y diálogos cortados, interrumpidos, vueltos á zurecir; charlas repiqueteantes de vecinas curiosas; vaivén y trasiego de refranes ó dichos picarescos. Mucho de su intención se nos escape, porque no se da con el mérito de la caricatura cuando se desconoce el retrato; pero vive, espejea, bulle, hierve, rebosa, la conversación, tajada á cada instante por la risa. Si la prestáis atención, percibiréis como ruido de tijeras manejadas por manos de chicuela para cortar y retacear lienzos de seda.

Hay, empero, en esa obra un personaje de cuerpo entero: Falstaff. Este bufón es la risa gruesa de Shakespeare. No procede Falstaff de la comedia italiana, ni de la literatura picaresca española: es Shakespeariano. Shakespeare es Rey, y Falstaff es bufón. De alegría vasta y vinosa; de vientre como odre, es como dijo su autor, «pícaro inmenso.» Sus chistes pesan mucho: por eso un titán es el que los levanta. Sus agudezas son agudeces de lanza. — «¿Qué tempestad—murmuran las murmuradoras—arrojó á nuestra playa esta ballena, que trae en el vientre tantos toneles de aceite?»

Cuando el príncipe Enrique le reprocha alguna abominable desvergüenza, responde él: «La carne es flaca, y como tengo más carne que los demás, tengo, por fuerza, más flaquezas.» Es la bestia humana en figura de un admirable Sileno de Jordeans. Lindan á veces con lo altamente trágico sus enormes bufonadas, como cuando dice: «Si tuviera resuello para rezar, me arrepentiría.»

Esa masa no flota sino como tonel ó como corcho en la onda armónica: flota sin vida. ¡Cuán diverso de este sátiro, glotón y ebrio, el Fígaro de Beaumarchais, de Mozart y de Rossini! Este brinca, salta, escala; es simpático, bullanguero, buen catador sin ser borracho, fresco; limpio, como la espuma blanca del jabón. Y la distancia que separa á Falstaff de Fígaro, separa al *Barbero de Sevilla* de la última ópera de Verdi. De *Il Matrimonio di Figaro* separa á ésta mucho más.

¿Hay talento en el Falstaff? ¡Oh, y como no! Talento supremo que ha vivido mucho y bien; talento para el cual no tiene reconditeces el arte; talento que albea en la ancianidad, tal como llameó en la edad madura. Los discreteos, la charla, el cuchichear de las alegres comadres, sus fugas, su ir y venir, su constante correr, culebrea, suenan en la música. El juego de raqueta no se interrumpe;



los volantes se cruzan disparados y en el aire siempre. Diríais que una gatita blanca juega con sutiles cadenas de oro, enredándolas á su antojo. Ya las ata, ya las desata; ya las anuda, ya las desanuda; ya forma con ellas círculos, ya óvalos, ya orlas, ya espirales laberínticas. La madeja está siempre en movimiento, girando el huso, la rueda de la rueca sin parar. Asombra la habilidad, la destreza de manos, la rapidez en el escamoteo que luce el compositor. Y en tal harmónico desbarajuste, sí traduce Verdi á maravilla los diálogos de Shakspeare. Falstaff es el pasado, siempre se hunde, ó se sobrepone como vacío barril de vino. Con él, no puede el músico, y *cade comme corpo morto cade*. Hay miniaturas de prodigios en la partitura, ciencia extrema; á veces rompe el aire, brilla y se apaga un fuego fatuo; es la nota del amor, el recuerdo de haber amado; y, fuego fatuo al fin, de tumba sale. Deslumbra, hechiza, poco vive. La voluptuosidad del viejo se cansa á poco andar. Para suplirla, queda á Verdi el arte, le queda la riqueza.

Pero, maestro, ¿y Rosina? ¿y la joven, la fresca inspiración? Huyó la voluble; suele volver con una rosa en el corpiño y una cesta de rechonchos duraznos en la mano; pero siempre que vuelve está de prisa; la trae la gratitud, y el amor se la lleva: espera á otro. . . .

No es posible rehacer la juventud ni transfigurar la inspiración. Ambas proezas intentásteis ¡oh maestro! y sólo el haber osado tanto, y fingido alcanzarlo, es virtud magna. Pero la nienezuela que deseábais ver jugar y reir en vuestras rodillas, no de un brinco trepó á ellas ni sudorosa por haber corrido mucho en el jardín; no tiene la inconsciencia del peligro ni la gracia divina de la santa ignorancia: sabe mucho.

¿Qué habéis hecho? Un admirable friso para vuestra tumba. La enredadera que soñábais, no cuelga de la ventana abierta al sol.

Cuentan que la *Tempestad* fué la obra última de Shakspeare. En esa isla maravillosa, pasada ya la línea ecuatorial y la borrasca de las pasiones humanas, pinta Saint Victor, al excelso poeta en el instante de arrojar el ancla. Durante el viaje lanzó al Océano sus angustias y sus iras: vedle llegar al fresco oasis que alumbran constelaciones nuevas, cual si llegase á otro hemisferio. Allí reviste, en figura de Próspero, la túnica pontificia de mago bienhechor.

Vanamente quiso Verdi emularle: mas si cree haberlo alcanzado, dejad que el gran maestro duerma y sueñe el «sueño de una noche de verano.»

## CRÍTICA LITERARIA.